

ediciones * culturales
i n c e

DUPLICADO

10

BIBLIOTECA NACIONAL
HEMEROTECA
SALA DE INGRESOS
CARACAS - VENEZUELA

987
E71
e.2

Adolfo Ernst

Estudios Venezolanos

BIBLIOTECA NACIONAL
FONDO LINGÜÍSTICO ESPECIAL
CARACAS - VENEZUELA



E 71
e. 2
DUPLICADO

DEPOSITO LEGAL

EDICIONES
CULTURALES
"INCE"

BIBLIOTECA NACIONAL
HEMEROTECA
SALA DE INGRESOS
CARACAS - VENEZUELA

Nº 10

BIBLIOTECA NACIONAL

CARACAS - VENEZUELA

Adolfo Ernst
Estudios Venezolanos



Dr. Adolfo Ernst

Como presentación del Dr. Adolfo Ernst para los lectores del INCE nos parece muy apropiado copiar aquí lo que de él dice don Manuel Segundo Sánchez en su "Bibliografía Venezolana":

"El inolvidable doctor Ernst nació en Alemania, 1832. Pocos extranjeros laboraron como éste con más fe y entusiasmo por la cultura y el progreso de Venezuela. Profundo hombre de ciencias, no bien hubo llegado al país, cuando se dio a estudiar ahincadamente sus orígenes, su historia natural, sus anales políticos; y, en resolución, cuanto constituye su grandeza, la cual puso de manifiesto ante el mundo, en luminosos estudios, publicados en varios idiomas, y en libros y periódicos de la patria y fuera de ella. Profesor eminente, a él le cupo la honra de regentar en la ilustre Universidad Central la Cátedra de Ciencias Naturales, prodigando a manos llenas el tesoro de sus conocimientos pro-

ficuos. En ella abrevó, como en inexhausto material, toda una generación de pensadores, quienes luego libraron reñidas batallas por el imperio de las nuevas ideas. Director del Museo Nacional, no se limitó a conservar las ricas colecciones donadas por el glorioso Vargas, sino que las aumentó con algunos objetos de valer. Prestó a la antigua Biblioteca de la Universidad el servicio de formular el primero de sus catálogos metódicos. Hasta su fallecimiento, acaecido en 1899, no se dio un sólo instante de tregua, luchando por el mayor lustre de Venezuela. La Biblioteca de Ernst se vendió en Leipzig el año de 1911, por Oswald Weigel, quien dio a la estampa cuatro folletos contentivos de las obras sobre botánica, geografía, etnografía, viajes, historia natural, zoología, etc., que eran parte de ella”.

**PARA EL CANCIONERO
POPULAR DE VENEZUELA**

AL SEÑOR DOCTOR ARISTIDES ROJAS

Vergel, poblado de preciosas flores, es el parnaso venezolano, y engalanado por poetas de gran talento con las obras de su genio, en las que hermanadas van la elegancia de la forma y la profundidad del pensamiento. Más como fuera de las lujosas plantas de adorno que con esmero cuida la mano del jardinero, crecen muchas otras hijas no menos bellas, aunque más modestas, de nuestra flora en campos y sabanas, montañas y valles, donde sólo las acarician el rayo del sol tropical y el rocío del cielo: así hay también más allá de nuestra poesía artística, y andan de boca en boca de nuestros labriegos, multitud de cancioncitas graciosísimas, las cuales bien merecen ser coleccionados, aunque fue-

ra solamente como parte del folklore del país. Muchos años hace que venimos recogiendo gran número de estas canciones populares, por el interés que tienen para la etnografía; y sin pretensiones literarias publicamos hoy algunas de ellas, esperando que nuestros benévolos lectores acepten con agrado este sencillito ramillete de **flores de monte**. Al mismo tiempo nos determinó a ello el deseo de excitar a otros más aventajados en esta materia, y sobre todo al amigo a quien dedicamos el presente trabajo, a que pronto den a luz sus colecciones, para enriquecer la literatura patria con un **Cancionero Popular de Venezuela**.

Superfluo nos parece abogar por la conveniencia de una empresa de este género, que en otros países se ha llevado a cabo ya hace mucho tiempo, y con singular acierto. Ni creemos necesario hacer aquí ningunas observaciones generales acerca del carácter general de estas producciones poéticas del pueblo, porque mejor lo hará quien, en posesión de mayor acopio de las últimas, se encuentre un día en el caso de clasificarlas debidamente según su especie, origen, tonadas y otras circunstancias. Sólo queremos añadir que algunas de estas canciones las hemos apuntado nosotros mismos en nuestras excursiones tales cuales las oímos cantar por la

gente de campo; otras debemos a la amabilidad de amigos y discípulos igualmente interesados en el asunto, y no pocas hemos tomado de diferentes publicaciones, como v.g. de la descripción de un viaje a la Cordillera de Mérida por el señor Isidoro Laverde Amaya, distinguido literato colombiano (número 2, 6, 21, 30, 31, 35, 36, 38, 41, 44, 45, 49, 51, 54, 57, 58).

I.—Género epigramático y satírico

- 1.—A ninguno le aconsejo
que ensille sin gurupera,
que en muchos caballos mansos
los jinetes van a tierra.

- 2.—Atenete a que te den
y no hagas diligencia,
que él que tiene, come bien,
y él que no tiene... paciencia!

- 3.—El hombre que se enamora
de alguna mujer bonita,
hasta que no llegue a vieja
el susto no se le quita.
Ese trabajo no tiene
el que se casa con fea;
nunca la saca a la calle,
para que nadie la vea.

- 4.—La mujer que quiere a dos
es discreta y entendida:
si una vela se apaga,
le queda la otra encendida.
- 5.—Donde hay cambures maduros
nunca faltan pajaritos;
donde hay muchachas bonitas
nunca falta un babosito.
- 6.—Pensando en la muerte estoy,
y sé que me he de morir;
pero no te sé decir
si será mañana u hoy.
- 7.—¿Qué importa que el rruiseñor
tenga su jaula de plata
y cadena de oro fino,
si la libertad le falta?
- 8.—Es la más negra desdicha
que un hombre puede tener,
casarse con mujer fea
y no tener que comer.
- 9.—El que corteja y no sabe
la cuerda que ha de tocar
por muy sacristán que sea,
nunca llega a repicar.

- 10.—El amor del forastero
es como espina de tuna,
que punza y queda doliendo
sin esperanza ninguna.
- 11.—El amor de los soldados
es como plato de arena,
que en poniéndolo a la calle
viene el viento y se lo lleva.
- 12.—Al limón córtale el agrio,
al agrio la fortaleza,
y a los hombres no creerles,
porque no tienen firmeza.
- 13.—Las muchachas no me quieren,
porque dicen que soy feo;
poco a poco me las meto
como sortija en el deo.
- 14.—Las viejas para coser
piden anteojos prestados,
para celar a sus hijas
tienen los ojos pelados.
- 15.—Las mujeres de este tiempo
son como las avellanas:
una sola es buena en ciento
y noventinueve malas.

- 16.—Compañero, no te cases,
goza de tu mocedad:
deja casarse los bobos,
para ver cómo les va.
- 17.—Si te casas, compañero,
busca una mujer morena;
que de las blancas y rubias
de ciento sale una buena.
- 18.—Las viejas son a medio
y las muchachas a cuarto,
y yo como soy muy pobre
me voy a lo más barato.
- 19.—El comercio de Caracas
hace mucho baratillo:
las muchachas son a medio
y las viejas a cuartillo.
- 20.—Muy malas son las coquetas,
pero aún son mucho más malas
las que hasta la media noche
se quedan en la ventana.
- 21.—De las peñas sale el agua,
de los páramos el viento,
y del pecho de la ingrata
el mal agradecimiento.

- 22.—Si los besos crecieran
como las yerbas,
haría muchas caras;
como las huertas;
¡Jesús, qué risa! ¡Jesús, qué risa!
si todas estas caras
(¡caramba, caramba!)
fueran a misa! (4)
- 23.—Un joven muy fino
me dijo un día,
que si no lo quería
se moriría.
Pero es lo cierto, pero es lo cierto,
que aunque no lo quise
(¡caramba, caramba!)
aún no ha muerto.
- 24.—Me confesé con un cura
que era un tronera,
me dio de penitencia
que lo quisiera;
y yo le quise, y yo le quise,
porque la penitencia
(¡caramba, caramba!)
debe cumplirse.

(4) La tonada para los números 22 a 29 se encuentra en la interesante obra de Ramón de la Plaza "Ensayos sobre el Arte en Venezuela" (Caracas 1883), Apéndice pág. 14, núm. 44.

- 25.—Me dicen que tú dices
que soy mudable;
si yo soy la veleta,
tú eres el aire;
pues la veleta, pues la veleta
si el aire no la mueve
(¡caramba, caramba!)
se queda quieta.
- 26.—Yo detesto a los hombres
a tal extremo,
que si en el cielo hay hombres
yo me condeno,
y los maldigo, y los maldigo;
pero el que está en mi alma
(¡caramba, caramba!)
de ése no digo.
- 27.—Malhaya la cocina!
malhaya el humo!
malhaya quien se fía
de hombre ninguno!!
Porque son tales, porque son tales,
que hasta en el mismo cielo
(¡caramba, caramba!)
son infernales!
- 28.—Cuando quieras a un hombre
no se lo digas;
trátalo indiferente,
y serás querida;

porque los hombres, porque los hombres,
cuando se ven queridos
(¡caramba, caramba!)
no corresponden.

29.—San Antonio bendito,
tres cosas pido;
salvación y dinero
y un buen marido,
y él me responde, y él me responde:
no puede ser muy bueno
(¡caramba, caramba!)
si ha de ser hombre.

II.—Género sentimental y erótico

30.—Lucero de la mañana,
préstame tu claridad,
para alumbrarle los pasos
a mi amada que se va.

31.—Ojos negros que me miran
no me miréis sin amor;
que así me podéis matar,
matarme sin intención.

32.—Yo enamoré una morena
debajo de un almendrón,
y en cambio de mis caricias
me regaló el corazón.

- 33.—Agua que corriendo vas
bañando el campo florido,
dame razón de mi bien
mira que se me ha perdido.
- 34.—Asómate al ventana,
cara linda, y te veré;
te pediré un vaso de agua,
que vengo ardido de sed.
No tengo jarro ni agua,
ni en que darte de beber;
te daré con mi boquita,
que es más dulce que la miel.
- 35.—Anoche soñaba yo
un sueñito de alegría:
que tu boquita besaba
y en tus brazos me dormía.
- 36.—Anoche soñaba yo
que dos negros me mataban
y eran tus hermosos ojos
que enojados me miraban.
- 37.—De domingo en domingo
te veo la cara;
¡cuándo será domingo,
virgen sagrada!

- 38.—Una estrella se ha perdido
y en el cielo no parece,
en tu pecho se ha metido
y en tus ojos resplandece.
- 39.—Hasta del sol tengo celos
cuando te viene alumbrando,
me parece que sus rayos
te vienen enamorando.
- 40.—Ojitos de terciopelo,
boquita de filigrana,
dices que sí me queréis,
poquito, pero con ganas.
- 41.—Desde aquí te estoy mirando,
paradita en el umbral,
pareces naranjo verde
cargadito de azahar.
- 42.—Las estrellas en el cielo,
la Luna en el carrizal;
boquita de caña dulce,
¡quién te pudiera besar!
- 43.—Empréstame tu rosario
para encomendarme a Dios,
y pedirles a los santos
no me separen de vos.

- 44.—El naranjo tiene espinas
y el limoncillo también;
mi corazón es el tuyo,
y el tuyo no sé de quién.
- 45.—Cojí el camino y me fui,
por si olvidarte podía;
y mientras más caminaba,
más presente te tenía.
- 46.—Malhaya la cinta verde
y el galán que me la dio;
que la puse en la ventana
y el viento se la llevó.
- 47.—Para rey nació David,
para sabio Salomón,
para llorar Jeremías,
y para quererte yo.
- 48.—Me dijiste que eras firme
cual la palma en el desierto;
si la palma fuera firme
no la menearía el viento.
- 49.—De qué le vale a tu madre
poner la tranca al corral,
si te has de venir conmigo
por la puerta principal.

- 50.—La naranja nació verde
y el tiempo la maduró;
mi corazón nació libre,
y otro me lo conquistó.
- 51.—Yo sembré mi yerba buena
donde el agua no corría,
y entregué mi corazón
a quien no lo merecía.
- 52.—Ayer pasé por tu casa
y me tiraste un limón;
el zumo de dio en los ojos
y el golpe en el corazón.
- 53.—Te vestiste de amarillo
para que no te quisiera;
lo amarillo es lo que luce,
nace el verde por doquiera.
- 54.—Estoy con el mal tan hecho
desde que mi bien perdí,
que el mal me parece bien,
y el bien es mal para mí.
- 55.—Mañana me voy, mañana,
¿quién se recordará de mí?
solamente la tinaja
por el agua que me bebí.

- 56.—El clavel que tú me diste
entero me lo he comido;
aquí en el pecho lo siento
clavado y más encendido.
- 57.—Eres una rosa,
eres un clavel,
eres un lucero
acabado de nacer.
- 58.—Dices que te vas mañana.
¡vete con Dios, amor mío!
cuenta no bebas el agua
de la fuente del olvido.
Por si acaso la bebieras,
bébela con gran cuidado;
porque el agua de esa fuente
mata los enamorados.
- 59.—Piensa que por tus enojos
me derrito como cera
más bonita habías de ser
pa'que yo me derritiera.
- 60.—Allá te mandé un piña
en señal de matrimonio;
si no te casas conmigo,
dame mi piña, demonio!

(De estas y otras canciones populares venezolana publicamos una traducción versificada, acompañada del texto original y de algunas notas y tonadas, en las Actas de la Sociedad Antropológica de Berlín, año de 1889, pág. 252 a 534).

A. Ernst

UNA CABEZA DE INDIO MOMIFICADA

El curiosísimo objeto que representa la figura adjunta es la cabeza momificada de un indio, como las preparan aún hoy los jíbaros, tribu que habita entre los ríos Pastaza y Chinchipe en la parte oriental del Ecuador.

Hace cosa de 30 años que estas cabezas llegaron al conocimiento de los etnógrafos, pues al principio de 1861 consiguió el primer ejemplar D. R. de Silva Ferreo, Cónsul que fue de Chile en Quito, con la ayuda de un tal José F. Barriero, quien explicó al mismo tiempo el método de la preparación.

Poco después llevó el profesor Cassola otra de estas cabezas a Londres, donde figuró en la gran exhibición (1862) bajo la singular denominación de "Cabeza del Inca".

Las noticias dadas por Barriero corren insertas en el periódico alemán **Globus** y poco después fueron completadas por las de un viajero hanoverano O. Plöger, que publicó sus observaciones correspondientes en el **Globus**, y en el mismo periódico apareció otra descripción por el conocido naturalista R. A. Philippi de Santiago de Chile, acompañada de varios dibujos, según muestras conservadas en el Museo Nacional de dicha capital. El profesor James Orton al hablar de los jíbaros, menciona también las cabezas momificadas y da algunas noticias del modo de su preparación. Una figura muy hermosa (en colores) de una de estas cabezas momificadas se halla en la lámina 26 del tomo segundo de la gran obra "Kultur und Industrie südamerikanischer Völker" por Reiss, Stübel y Uhle (Berlín 1890).

Aunque son objetos poco comunes, existen hasta ahora cerca de dos docenas de tales cabezas en los diferentes Museos de Europa y América; una de ellas tenemos desde 1879 también en el de Caracas, y ésta la hemos descrito detalladamente en un artículo publicado en la **Gaceta Oficial**, número 1.954, del 12 de diciembre del año citado.

Queremos, desde luego, observar que los jíbaros tratan así las cabezas de enemigos muer-



tos en sus peleas, para tenerlas como pruebas del propio valor, y trofeos de la victoria.

Existe la misma costumbre bárbara entre los **mundrucús** del Brasil, según escribió ya en 1831 el célebre viajero Martius, cuyo informe, aumentado con un dibujo, está repetido en un trabajo de C. F. Hart sobre la Etnografía del valle del Amazonas. Con mayores detalles trata del mismo asunto J. Barbosa Rodríguez en la Revista de la Exposición antropológica del Brasil. Bates observa que aquellos indios ya no practican la mencionada costumbre, desde que se han civilizado un tanto por el contacto con los brasileños.

Una cabeza momificada por el mismo sistema fue hallada en un sepulcro cerca de Pisco en el Perú, y Zarate describe la misma costumbre al hablar de los indígenas de Pasao, en la costa occidental del Ecuador. Algo semejante, si no más bien una especie de culto religioso tributado a tales restos humanos, existía entre los de Popayán, y como sabemos que los habitantes del valle del Cauca conservaban igualmente las pieles de sus enemigos muertos en guerra, y las cabezas encontradas en algunos sepulcros en Colombia tienen aún cabelleras, parece nada improbable que los jíbaros son hoy día los últimos

entre los que se ha conservado una práctica antes mucho más general en aquellos países.

Nos inclinamos además a creer que algo semejante sucediera en tiempos muy remotos entre los pueblos de la familia maya de la América Central, fundando nuestra opinión en las esculturas de un yugo de piedra, encontrado cerca de Jalapa y que se halla ahora en la colección de antigüedades mejicanas, depositada por el señor J. M. Bolívar en el Museo Nacional de Caracas.

Pertenecen finalmente a la misma clase de trofeos bárbaros los conocidos "scalps" de los indios norte-americanos y las cabezas disecadas que conservan los dayaks de Borneo en prueba de su valor personal. Y no tenemos el menor escrúpulo de considerar como hija de la misma barbarie la práctica que en tiempos muy recientes existía aún entre ciertos pueblos civilizados de exhibir, plantadas en picas o encerradas en jaulas de hierro, las cabezas de los así llamados reos de Estado, después de justiciados, como lo hicieron v .g. los españoles con José María España, uno de los gloriosos protomártires de la independencia colombiana.

Tiempo es que pongamos punto a esta revista literaria y comparativa, y que volvamos a

hablar de la cabeza momificada representada en nuestro grabado, para decir de qué modo los jíbaros preparaban los tales objetos.

Después de cortada la cabeza, practican la extracción del cerebro y demás partes blandas, comiéndose el primero, y enseguida separan la cutis de los huesos del cráneo y de la cara, los cuales sacan cuidadosamente por la abertura que ha dejado el pescuezo cortado. Queda entonces una especie de bolsa, que frotan tanto por dentro como por afuera de aceite de andidobra (que llamamos nosotros aceite de carapa); en seguida introducen en ella una piedra calentada del tamaño de un puño, y así la cuelgan en el humo del fuego para desecarla poco a poco y reducirla al tamaño deseado. El humo ennegrece la cara y sirve además como sustancia conservadora. Después de estar bien seca la cabeza, hacen en la parte superior un agujero, por el cual introducen un cordón de algodón trenzado, asegurándolo en la cavidad interior por medio de un nudo o de un palito atravesado.

Los jíbaros preparan así generalmente las cabezas de enemigos notables, guardándolas después como trofeos de la victoria. Pero parece que someten al mismo procedimiento también las cabezas de sus propios guerreros más esforzados, las cuales consideran después como orácu-

los, tributándoles una especie de culto religioso. En todo caso se desprenden de estos objetos con suma dificultad.

Como los indios en general son consumados animistas, es decir, creen que haya algo animado aún en los objetos muertos, viven con el miedo de que la cabeza enemiga les insulte o les diga otras cosas desagradables; por eso le cosen la boca por medio de hilos pasados por el labio inferior, en señal de eterno silencio.

En el ejemplar del Museo Nacional hemos tomado las medidas siguientes: 115 milím. desde el vértice hasta el ángulo de la barba, mayor anchura 68 mm., desde la orilla del pelo en la frente hasta la raíz de la nariz 35 mm., de este último punto hasta la punta de la barba 55 mm.: dimensiones que en una cabeza normal, no momificada, son de 250, 100, 75 y 126 mm., respectivamente.

Los lados de la frente están hundidos en tal punto que su región media forma una cresta; los ojos están cerrados y los párpados como doblados hacia dentro. No hay vestigios de cejas. La raíz de la nariz está muy deprimida, y lo mismo se nota en las mejillas. Las orejas han conservado muy bien su forma, pero tienen sólo 25 mm., de largo por 18 de ancho. La boca tiene

30 mm., de ancho y es muy saliente, de modo que es de sólo 55 grados el ángulo formado por una línea recta desde el meato auditivo al borde del labio superior, y otra desde el último punto a la protuberancia o cresta frontal.

El pelo es enteramente liso, de color negro con un viso algo rojo, y bastante grueso; la sección transversal es una elipse de 0,16 y 0,11 mm. de diámetro.

Al terminar, no podemos menos de felicitar muy de veras al señor doctor Arístides Rojas por tener en su rico Museo un objeto de tanto interés etnográfico, y le damos además las gracias por la amabilidad de convidarnos a describirlo.

Caracas, 28 de julio 1892.

FLORES Y JARDINES EN CARACAS

**Bring flowers to crown the cup and the lute;
Bring flowers, - the bride is near;
Bring flowers to grace the prose of life;
Bring flowers to strew on the bier!**

(Miss Landon)

Entre los muchos adelantos que en los últimos dos o tres decenios han cambiado casi por completo el aspecto de Caracas, figura por cierto, y en gran manera, el gusto, hoy ya muy generalizado, del cultivo de flores y plantas de adorno. Hace un cuarto de siglo, no tenía la capital ningún paseo público que mereciera este nombre; y aún en los muy contados jardines particulares de aquella época no se veían sino las especies más comunes, sin que en general se tuviese la menor pretensión a reunir las en

grupos pintorescos, o a formar con ellas un conjunto vistoso y bien dispuesto. Prescindiendo de media docena de variedades de rosales (como las rosas Páez, Mariscal Niel, de Alejandría, de Bengala, la centifolia, etc.), había entonces algunos claveles, novios, aroma, violetas y pensamientos, virginias, albahaca, clavel de muerte, perla fina, heliotropio, mil flores, narcisos y nardos, azucenas, no me olvides, ojo de pájaro, romero, mejorana, conejas, estrañas, dalias, viudas, catalinas, Santa María, Margaritas, flor de Paraíso, pasta de almendra, cundeamor; y de plantas mayores la yerba Luisa, dama de noche, diamelas, jazmín real, rosa de Berbería, papagayo, cayena, campanillas del Perú, clavellina, resedá, astromelia, amapola, jazmín amarillo, flor de luna, jazmín del Cabo, cipreses, pinos, magnolias, etc. La noble familia de las palmas estaba representada desde muy atrás por el chaguaramo o palma real, y se refiere que, en tiempos de la dominación española, sólo las personas ennoblecidas tuvieron el privilegio de adornar los jardines de sus moradas con dos ejemplares de este símbolo de la grandeza real. Finalmente debemos mencionar la palma sagú como una de las plantas más antiguas de nuestra horticultura.

El jardín más notable de aquellos tiempos fue el de La Viñeta, sobre todo por encontrarse allí árboles raros e interesantes, con los que al General Páez había obsequiado el Almirante Elphinstone Fleming, después de su visita a Caracas, por los años de 1829 a 1830; como la "fruta de huevos" y un ejemplar del baobab, sembrado en 1831. Este árbol creció muy bien y cuando lo medimos en 1871, tenía el tronco, en su base, 23 pies de circunferencia, 16 pies, 5 pulgadas a la altura de 5 pies, y 12 pies 6 pulgadas en el punto donde nacía la primera rama, o sea 10 pies sobre el suelo, siendo su altura total de 34 pies. El baobab de La Viñeta no ha sobrevivido al ilustre varón que un día la plantara al lado de su morada; buscándolo hace algunos años, para repetir nuestras mediciones, encontramos en su lugar unos tantos cogollos de berza. **Sic transit gloria mundi!**

Y no fue menos fatal la suerte que corrieron muchos de los árboles exóticos que el Marqués del Toro había mandado sembrar cerca de su casa de campo en Anauco (hoy propiedad del señor Domingo Eraso), que fueron destruidos por cierto caballero inglés, un tanto excéntrico, quien, habitando una vez la casa, los hizo cortar para darse el peregrino gusto de comer su **beefs-**

teak hecho sobre las brazas de leña de canela de Ceilán!

De las plantas citadas pocas han conservado su puesto en los jardines actuales; pero con muchas especies que por cierto carecen de valor, han desaparecido también otras que en todo tiempo serían dignas de ser cultivadas, sin que esta pérdida haya sido compensada siempre con la introducción de novedades verdaderamente interesantes, y de mérito incontestable.

Lo que caracteriza en gran parte nuestra floricultura moderna, es la preponderancia de las especies exóticas; la flora del país, tan rica en formas bellas y atractivas, está decididamente en la minoría, si exceptuamos varias aroides de hojas grandes, algunas orquídeas, y una que otra palmera de nuestras selvas.

Sabemos bien que generalmente es más fácil conseguir plantas de los establecimientos hortícolas de Europa, que obtener semillas o ejemplares de las especies indígenas, por la comodidad de nuestras comunicaciones con el exterior, y la falta de actividad e inteligencia en los hombres que por aquí se ocupan ocasionalmente en recoger algunas plantas para los jardines.

Pero es no menos cierto que prevalece todavía un desprecio de todo punto injusto por las

plantas indígenas, como lo demuestra la ocurrencia siguiente: No hace mucho tiempo enviamos a una señora, en su día onomástico, un ramillete compuesto de lo más exquisito de nuestra flora alpina: **Befaria glauca** y **B. ledifolia**, **Gardoquia discolor**, **Thibaudia cordifolia**, **Psammisia penduliflora**, **Rachicallis caracasana**, etc., asociadas a las delicadas plúmulas de ciertos helechos, ramitas de **Selaginella**, espigas finísimas de gramíneas, tallitos de **Coccocypselum repens** cargados de hermosas bayas color azul de cobalto; y todo arreglado con el mejor gusto. El ramillete llamó por cierto la atención de cuantos lo vieran, y a nuestra entrada en la casa, todo el mundo quiso saber qué flores tan raras eran aquéllas y dónde las habíamos conseguido. Mas, cuando confesamos ingenuamente que eran hijas silvestres de la selva del Avila, el termómetro del interés bajó de repente, y con la exclamación: ¡O, eso es monte! quedamos sentenciados nosotros y nuestro pobre ramillete.

El primer impulso del desarrollo de nuestra horticultura moderna lo dio, si no estamos equivocados, el conocido viajero botánico **Moritz**, quien fundó en la Colonia Tovar, por los años de 1855 a 1856, uno de los jardines más pintorescos que Venezuela jamás ha tenido. Fue él quien trajo entre gran número de otras plantas, muchos

mirtos australianos y las más bellas variedades de **Gladiolus**, las que por este motivo recibieron entonces el nombre de **vara alemana**: hoy han desaparecido casi por completo, y los mirtos ya no se ven sino en los cementerios.

Moritz envió muchas plantas de adorno a sus amigos Benitz y Jahnke en Caracas, cuyos jardines fueron entre los primeros a enriquecerse con todas aquellas novedades florales. Pero muy pronto los sobrepujo el jardín de El Paraíso, en el cual el señor Carlos Hahn, además de ser un habilísimo cultivador de rosas, introdujo muchas especies nuevas, como v. g el jazmín del Malabar (**Gardenia Florida**), **Thunbergia laurifolia**, **Xexacentris mysorensis**, **Stephanotis floribunda**, **Antigonon leptopus** y **Acinerascens** cornalina y bellísima), varias especies de **Begonia**, etc. Hahn fue también uno de los primeros que admitió en su jardín las orquídeas indígenas, principalmente la flor de mayo.

Poco a poco otras personas principiaron a hacerse de plantas de adorno para los patios de sus casas, transformándolos en jardines pequeños, pero arreglados a menudo con mucho gusto. El cultivo de plantas decorativas se hizo de moda, y tomó aun mayor incremento, cuando en la primera época del Gobierno del General Guzmán Blanco se procedió a formar los paseos públicos

en varias plazas de la capital y en el Calvario, al Oeste de la ciudad. Las primeras, cubiertas hasta entonces cuando más por un empedrado nada hermoso, en el que pululaban a sus anchas las malas yerbas, fueron transformadas así en amenos lugares de recreo, con coposos árboles de sombra y cuadros de mullido césped, formados de **Cynodon dactylon**, especie que después de varios ensayos, resultó ser la mejor para este propósito en nuestro clima. El Paseo del Calvario, que ocupa la que antes fue una colina de desoladísimo aspecto, es **nemine contradicente**, una creación de tanta utilidad como belleza y uno de los puntos más interesantes en los alrededores de Caracas. Mucho trabajo costó la transformación, y también mucho dinero; pero ahí está el resultado en la fresca arboleda que cubre las estériles faldas del terreno, y en los preciosos grupos de arbustos decorativos y vistosas flores que distraen la mirada a cada una de las caprichosas vueltas de los caminos. Los árboles son casi todos de especies indígenas, entre los cuales se elevan los culmos graciosos de gramíneas arborescentes. De plantas indígenas merece aún mención especial el garbancillo, arbusto de follaje muy denso y dócil a la poda, cubierto casi constantemente, y al mismo tiempo, de flores color de violeta y numerosos racimos de fruticos anaranjados, de manera que es sin duda alguna uno de los vege-

tales más a propósito para plantaciones de este género, tanto más cuanto que no cría insectos, ni sufre por las irregularidades del clima.

La *Mühlenbeckia platyclada* (llamada **bizcochuelos** por la forma de sus ramas aplastadas y transversalmente segmentadas), semi-arbusto originario de la Nueva-Caledonia, se estendió al principio más de lo que se deseaba, pero por fortuna parece que está en vía de desaparecer; mientras que las diferentes especies de *Araucaria* prosperan muy bien: así hay cuatro ejemplares (uno de ellos ya de grandes dimensiones) en el jardín entre el Palacio del Ejecutivo Federal y el Capitolio; y hay muchos ejemplares más o menos hermosos en diferentes jardines particulares y en el Cementerio del Sur, donde empieza a reemplazar el ciprés, árbol tradicional de los sepulcros.

Olvido imperdonable sería dar término a esta parte de nuestra reseña, sin recordar a los señores Andrés de la Morena, Carlos Madriz y J. A. Mosquera, quienes tomaron el mayor interés en los trabajos del primer arreglo y fundación de los paseos públicos de Caracas, teniendo que luchar con dificultades de todo género, entre las cuales las del terreno no fueron siempre las más serias.

Imposible mencionar aquí todos los jardines particulares que existen hoy en la ciudad y sus inmediaciones; la lista sería larguísima, y de seguro muy incompleta, ya que no los conocemos todos. Queremos sin embargo citar los de los señores Jesús María de las Casas, Carlos Díaz, Carlos Casanova (palmeras y aroideas), Teodoro Stürup (palmas), Manuel Hernaiz, doctor N. Zuloaga, (aroideas), Charles Röhl (orquídeas selectas), Vicenta Ibarra (en su hacienda en el Valle Abajo), y el jardín de La Vega, propiedad de la familia Francia, en el que hay sobre todo varios y hermosísimos ejemplares del árbol de los viajeros.

El gran Cementerio del Sur es igualmente de mucho interés con respecto al asunto que nos ocupa; porque allí, en observancia de una costumbre tan poética como sagrada, el amor y el duelo han adornado con solícita mano los sepulcros de seres queridos, cubriéndolos con las simpáticas hijas de Flora y otras plantas adecuadas, de modo que aquel recinto de la muerte pronto llegará a ser un hermoso jardín donde brota y renace sin cesar la vida, a pesar de los numerosos y grandes obstáculos que el terreno opone allí al desarrollo de la vegetación.

Más y más se está generalizando el gusto por las plantas de hojas grandes, como v. g. las espe-

cies decorativas de Musa, Philodendron, Xanthosoma, Anthurium y otras; mientras que las plantas con hojas pintadas de varios colores han perdido últimamente no poco en la estimación general. El cultivo de las palmas está aún en los principios, y es probable que nunca llegue a tener muchos partidarios, ya que estos vegetales crecen muy despacio, y requieren además mucha atención y cuidado. La colección más extensa fue hace poco la del señor Carlos Casanova; hoy creemos que merece el primer puesto la de la señora Margarita Stürup. A pesar del gran número de preciosos helechos en nuestra Flora, muy pocos se están cultivando en los jardines: es un campo casi nuevo que recomendamos mucho a nuestros lectores, porque los helechos, lo mismo que las palmas y aroideas, son los vegetales más a propósito para la decoración interior de las casas, de donde quisiéramos ver echadas todas aquellas plantas y flores imitadas, cualquiera que sea la sustancia de que estén hechas; porque las tales imitaciones, lo mismo que las coronas de flores de metal o de loza bien pueden ser excelentes suplefaltas en países como la Groenlandia y Kamtschatka, a los que un clima inclemente niega casi toda vegetación; pero no tienen sentido en Venezuela, por la exuberante riqueza de su flora.

Es singular que varias flores hermosas y de cultivo fácil, hayan desaparecido casi por completo de nuestros jardines, como las diferentes especies de **Fuchsia**, la **Torenia Fournieri** (que tenía el nombre vulgar de "pensamiento isleño"), la **Violeta tricolor** (pensamiento) y los claveles. Es un capricho de la moda, que en esto de las flores no es menos poderosa que en tantas otras cosas humanas.

Por otra parte, hay plantas que a pesar de muchos ensayos variados, no quieren acomodarse a las condiciones de nuestro clima. Pertenecen a éstas las camelias, azaleas y especies de **Rhododendron**: las primeras crecen hasta formar los botones, pero éstos se caen casi siempre antes de abrirse; y las últimas quedan raquíticas y débiles aun cultivadas en tierra de turba, importada de afuera. Asimismo la rosa musgosa es muy renuente, y no conocemos sino un solo caso de haber ella dado flores en Caracas (en casa del señor T. Stürup). En cuanto a otras variedades de rosas finas, se ha observado que duran generalmente 4 a 5 años; después se mueren, o dejan de producir flores.

En los últimos años se han introducido muchas especies nuevas, como **Eucharis candida**, originaria de los Estados Unidos de Colombia; **Curculigo recurvata** de Sumatra; **Eranthemum An-**

dermoni de las Indias Orientales; **Tabernaemontana coronaria** y **T. grandiflora** (Jasmín de Arabia); **Taluma pumila** (Magnolina) de China; **Spiraea** (reina de los prados) de Europa; **Anthericum Makoyanum**; **Cyperus alternifolius** de Madagascar; **Cyperus papyrus** de Egipto; **Dombeya Masteri** de Abisinia; **Galphinia glauca** (lluvia de oro) de Méjico, algunas especies de **Begonia** y muchas variedades de rosas. Otras especies están haciéndose raras, como las **Dracaena**, **Canna**, **Petunia**, **Maurandia**, **Lophosperum**, **Russelia**, **Gloxinia**, **Clerodendron Thomsonae**, **Gaillardia**, **Plumbago rosea** y **caerulea**, y las muchas variedades de **Croton** (sección **Codiaeum**), **Meyensia alba**, **Sanchezia nobilis**, y algunas amarantáceas con hojas pintadas existen aún en algunos jardines públicos, y **Nicotiana glauca**, de la Argentina, se ha escapado de los jardines y se encuentra hoy en estado completamente silvestre v. g. en la falda Noreste del Calvario, a orillas del camino que conduce al Observatorio. **Bougainvillea spectabilis** (trinitaria) crece con la mayor facilidad, pero es poco estimada. Otro arbusto trapador del género **Tournefortia**, introducida según parece de Santomas, cubre igualmente en muy corto tiempo paredes extensas (por eso algunos le han cambiado el nombre en **tour de force**), y tiene además las ventajas de dar grandes racimos de flo-

recitas blancas, aunque las hojas son de un color algo apagado.

Para formar los perfiles de las eras se emplean en muchos jardines aún la albahaca fina y la hoja de miel y raras veces la *Cuphea denticulata*; mientras que es muy generalizado el uso de la *Alternanthera sessilis*, en dos o tres variedades, llamadas té, que por cierto crecen con suma facilidad, forman perfiles muy cerrados, y aguantan perfectamente el recorte.

El cultivo de plantas para la venta de flores es una industria que tiene sus azares, debidos principalmente a las lluvias tempestuosas; pero por lo demás debe de ser remunerativa, a causa del gran consumo de flores para los días onomásticos, bailes, matrimonios y funerales; y de los precios muy caros que piden los vendedores y ramilleteros, sobre todo en las ocasiones de mucha demanda. En Caracas se gastan año por año ciertamente muchos millares de pesos en flores, habiendo llegado el lujo también en este respecto a dimensiones que pasan de los límites del buen gusto, y rayan en exajeración. Y como las flores blancas tienen la preferencia sobre las de otros colores, se comprende que a veces debe ser bastante difícil conseguir la multitud de rosas, nardos, gardenias, y otros similares, para una de aquellas ruidosas fiestas, en las cuales las casas

quedan transformadas en verdaderos almacenes de ramilletes, y el aire es hace casi irrespirable por los caudales de aroma que llenan todos los aposentos. Es bien cierto que algunos de estos ramilletes, o combinaciones de otras formas, son verdaderamente bellísimos y de suma elegancia; pero no pocos tienen un aspecto tieso por ser demasiado compactos o conjestionados, o una figura extravagante y falta de gusto; de modo que, al mirarlos, uno no puede menos de sentir el desperdicio inútil de tantas flores preciosas, apretadas las unas contra las otras, como si se tratara sólo de estrangularlas lo más pronto posible, y no de hacer lucir su natural gracia y belleza.

Caracas ha hecho seguramente grandes progresos en el cultivo de flores y plantas de adorno; aunque no creemos que merezca en realidad el nombre de "sultana tendida en lecho de flores" (calificación además poco honrosa), que le ha dado no recordamos cuál poeta. Mucho se ha alcanzado, sin embargo; y lo que es más importante, el gusto de este cultivo se ha generalizado, o digamos democratizado, y sigue así en proporción rápida.

Después de la Exposición del Centenario, en 1883, dijo uno de los principales periódicos de horticultura de Europa: "La parte hortícola de la

Exposición no fue tan brillante como hubiera podido serlo en un país cuya flora es una de las más ricas del mundo; pero las plazas públicas de la capital y el magnífico parque, cuyas frescas sombras dominan Caracas, valen mucho más que la más hermosa Exposición. Según las revistas que hemos leído, la exposición de plantas se pareció en su conjunto a nuestras exposiciones en Bélgica". (*L'illustration horticole*, publ. p. L. Linden y E. Rodigas en Gante, Bélgica, núm. de noviembre de 1883, pág. 168).

Contra la primera parte de esta observación debemos decir que el departamento de horticultura y floricultura de la Exposición no contenía sino plantas enviadas por algunas personas residentes en Caracas; que éstas por supuesto no podían remitir sino cultivadas en potes u otros envases; que no era la época de las flores, y que además faltaba lugar para mayor cantidad.

Estamos convencidos de que una nueva exposición de este género, en tiempo propicio y lugar conveniente, daría hoy un resultado que dejaría satisfecho al crítico más exigente; porque desde 1883 nuestra horticultura ha progresado mucho y puede hoy corresponder, y de sobra.

a los bellos versos de la poetisa inglesa, que hemos antepuesto como mote a estas observaciones, por cierto muy fragmentarias, sobre Flores y Jardines en Caracas.

Caracas, diciembre 8 de 1891.

OBSERVACIONES SOBRE LA HISTORIA DEL BANANO EN AMERICA (5)

por A. Ernst.

Nadie ha contestado hasta ahora de un modo enteramente satisfactorio a la pregunta de cómo ha llegado a las regiones tropicales de América el cultivo del banano de frutos grandes (*Musa paradisiaca* L.), que desde mucho tiempo es para ellas uno de los vegetales más comunes y más útiles. La mayor parte de los autores que se han ocupado de esta cuestión, suponen una introducción del Antiguo Mundo, cosa que muy seguramente ha sucedido con el banano de frutos me-

(5) Trad., con algunas adiciones, del "Compte-Rendu de la 8 ème session du Congrès international des Américanistes, tenue à Paris en 1890". (París 1892, pág. 246 a 253).

nores (**Musa sapientum L.**). En cuanto a este último, tenemos el testimonio del cronista Oviedo, quien refiere que el Padre Tomás de Berlanga trajo en 1516 los primeros ejemplares desde la Gran Canaria a la isla de Santo Domingo, y los nombres **guineo** y **banana de S. Thomé**, que tiene una de las variedades más estimadas, confirman el origen africano.

Pero imposible es que el banano de frutos mayores, que llamamos **plátano**, haya venido de las Islas Canarias, puesto que esta especie no crece en dicho archipiélago, por razones del clima. Al contrario, abunda mucho, como planta cultivada, en la Guinea y en toda la costa tropical del Occidente de Africa; y por eso pudo ser trasportada fácilmente a la América por alguno de los muchos buques portugueses que después del descubrimiento de la tierra del Brasil traficaban entre ambos continentes.

A. de Humboldt, sin embargo, sostuvo que la **Musa paradisiaca** existiese ya en la América precolombiana, apoyándose sobre todo en dos observaciones del Padre José Acosta y de Garcilaso de la Vega. Alph. Decandolle ha dado un resumen muy detallado del estado de la discusión acerca de este punto (**Georg. botan. pág. 921 a 296; Origine des plantes cultivées, p. 242 a 248**); y aunque declara que de las palabras de Acosta

se deduce más bien una opinión contraria a la que defiende Humboldt, permanece por lo menos indeciso en cuanto a Garcilaso de la Vega, cuyas observaciones son el único testimonio histórico de algún peso que se ha aducido en favor de la existencia del plátano en la América antes de su descubrimiento por los europeos.

No será por eso superfluo indagar si estas observaciones tiene en realidad la importancia que se les ha atribuido tocante a la cuestión que nos ocupa.

Garcilaso termina el sexto capítulo del libro VIII de sus **Comentarios reales** con estas palabras: "Y porque andamos ya cerca de los tiempos, en que los españoles fueron a ganar aquel imperio, será bien decir en el capítulo siguiente las cosas que había en aquella tierra para el sustento humano; y adelante, después de la vida y hechos del Gran Huyna Capac, diremos las cosas que no había, que después acá han llevado los españoles, para que no se confundan las unas con las otras".

Dedica en efecto los siete capítulos siguientes a varios vegetales peruanos: maíz, quinoa, habas, papas, oca, batatas, calabazas, maní, guayabas, pacay (especie de guamo), aguacates, Lucuma, Schinus molle, Capsisum, Agave, ananas, coca y

tabaco, mencionando sus antiguos nombres en la lengua de los Incas, y describiendo los varios usos que de ellos hacían los indios. El capítulo 14 trata del **plátano**, y he aquí lo que dice:

“El primer lugar se debe dar al árbol, y a su fruto, que los españoles llaman Plátano: seméjase a la palma en el tallo, y en tener las hojas en lo alto, las cuales son muy anchas y muy verdes; estos árboles se crían de suyo, quieren tierra muy lluviosa, como son los Antis, dan su fruto en racimos tan grandes, que ha habido algunos (como dice el P. Acosta, lib. 4, cap. 21) que le han contado trescientos plátanos. Créase dentro de una cáscara, que ni es hollejo, ni corteza, fácil de quitar, son de una cuarta, poco más o menos, en largo, y como tres dedos de grueso.

“El P. Blas Valera, que también escribía de ellos, dice, que les cortan los racimos cuando empiezan a madurar, porque con el peso no derriban el árbol, que es fofo y tierno, inútil para madera, y aún para el fuego. Maduran los racimos en tinajas, cúbrenles con cierta yerba que les ayuda a madurar. La médula es tierna, suave y dulce, pasada al sol parece conserva, cómenla cruda y asada, cocida y guisada en potages, y de todas maneras sabe bien. Con poca miel y azúcar (que ha menester poca) hacen del plátano diversas conservas: los racimos que maduran en

el árbol, son más dulces y más sabrosos: los árboles son de dos varas de alto, unos más, y otros menos. Hay otros plátanos menores que a diferencia de los mayores les llaman Dominicanos; porque aquella cáscara cuando nace el racimo está blanca, y cuando la fruta está sazónada participa de blanco y negro a remiendos, son la mitad menores que los otros, y en todo le hacen mucha ventaja, y por ende no hay cantidad de éstos, como de aquéllos. (*Comentarios reales*, ed. de 1723, p. 282).

Nótese que Garcilaso no da los nombres en quechua de las dos especies mencionadas, y que en general habla de ellas más bien por lo que había leído en los autores citados, que por propia experiencia (6). Obsérvese además que usa siempre el tiempo presente, y jamás el pasado; y por todas estas razones su relato no me parece tener la fuerza de un argumento irrefutable. Es cierto que dice: “estos árboles se crían de suyo”; no creo sin embargo que esta expresión quiera decir que crecen **espontáneamente**, sino que se refiere más bien a la gran facilidad que tiene la

(6) El P. Blas Valera dejó un tratado “De los indios del Perú, sus costumbres y su pacificación”. Lo cita Antonio en su *Ribl. hisp. nova* (Madrid 1783; I, 230), pero nunca se imprimió.

planta de reproducirse por hijos, sin la intervención del hombre.

Me parece pues que Garcilaso ha caído en un error al enumerar el plátano entre los vegetales cultivados en el Perú antes de la llegada de los españoles, error debido acaso en gran parte al aspecto esencialmente tropical de esta planta sobre todo al compararla con los demás vegetales introducidos por los conquistadores.

Es un hecho que ya antes del año de 1550 hubo en el Perú grandes platanares en las haciendas de los españoles, según refiere Pedro Cieza de León en varios lugares de su Crónica del Perú (capítulos 27, 46, 80, 95). En el segundo capítulo, al describir los alrededores de Panamá, dice por cierto: "Hay otras **frutas de la tierra**, que son piñas olorosas y **plátanos**, muchos y buenos guayabos, caimitos, aguacates y otras frutas de las que suele haber de la misma tierra". (Ed. de Rivadaneyra, Madrid 1853, pág. 355). La circunstancia de aparecer el nombre del plátano entre los de otras plantas indígenas del suelo americano, es en mi concepto de poca importancia para la cuestión que nos ocupa. Cieza de León no tenía sino 13 años cuando en 1531 llegó a América y permaneció 17 años en el Nuevo Mundo. Era un hombre sencillo y sin mayor instrucción, que describió llanamente cuanto había visto. Por eso no

es extraño que tomase por frutas de la tierra todos aquellos productos vegetales que le eran desconocidos. Además bien podía haber entonces ya platanares en los alrededores de Panamá; pues siendo el istmo el único camino por donde pasaba toda aquella corriente de aventureros que en la conquista del Perú buscaba glorias y riquezas, Panamá pronto llegó a ser una ciudad floreciente, en la que tenían que abastecerse de víveres todas las expediciones destinadas al Sur; y se comprende que desde muy temprano había de extenderse mucho el cultivo de un vegetal que se multiplica con extraordinaria facilidad, y que en corto tiempo da cosechas muy abundantes.

Se ha citado el nombre *banana da terra* que tiene en el Brasil la *Musa paradisíaca*, como prueba de ser esta planta indígena en dicho país. Pero nombres vulgares de este género son a menudo enteramente falsos, como v.g. los que siguen: trigo de Turquía, bálsamo del Perú, rosa de Jericó, jazmín del Cabo, etc.

Refieren algunos escritores el haberse encontrado hojas y frutos secos de plátano en ciertos sepulcros antiguos del Perú. Prescott habla de una hoja, sin mencionar los pormenores del caso; Rochebrune quiere haber reconocido un fruto en la colección de Cessac y Savatier; pero Witt-

maack no habla de nada semejante entre el gran número de objetos recogidos por Reiss y Stübel en los sepulcros de la necrópolis de Ancón. Aquellos hallazgos bien pueden ser auténticos y correctamente interpretados; pero ¿acaso se tiene la seguridad de que los sepulcros eran de la época precolombiana, y no sería posible que los indios, aún en el tiempo de la dominación española, practicasen a veces su antigua costumbre de añadir a los cadáveres algunos objetos relacionados con el estado o la ocupación de los difuntos? En todo caso, hay lugar de duda hasta nueva orden.

Debe citarse aquí el ensayo que hizo últimamente el señor Lázaro en una de las sesiones de la Sociedad Española de Historia Natural de Madrid, de comprobar el indigenato americano del plátano con el hallazgo de ciertos envases de barro entre las antigüedades peruanas, los cuales, según él, representarían lo que llamamos vulgarmente una **mano** de plátanos. La figura publicada presenta sin duda alguna semejanza, pero hay discrepancias muy notables, como la existencia de un pedúnculo y la indicación muy distinta de un cáliz dejado del fruto: por lo cual opina muy bien el señor M. Jiménez de la Espada que los dichos envases son imitaciones del fruto de una solanácea, y probablemente del **Solanum muricatum**.

Resulta, en resumen, ser insuficiente aún cuanto se ha dicho en favor del cultivo del plátano en la América precolombiana. No tengo dudas de que la planta ha venido directamente de las costas occidentales de Africa, y creo que en los antiguos jornales de navíos que yacen aún en el polvo de los archivos de Portugal, ha de encontrarse un día la verdadera historia de su introducción a nuestro continente.

FLOR DE MAYO

Parece singular que esta planta, tan notable por el tamaño y el esplendor de sus flores, haya quedado desconocida a los botánicos, hasta que en 1836 la describió William Hooker, según ejemplares cultivados en los invernaderos de Thomas Moss en Otterspool, cerca de Liverpool, quien los había recibido, tres años antes, probablemente de Mr. Ward, distinguido caballero inglés establecido entonces en Caracas, y el primero, por lo que sepamos, que enviara algunas especies de orquídeas de nuestra flora a Inglaterra, único país del mundo en el que, desde el segundo decenio del presente siglo, el cultivo de estas plantas había empezado a llamar la atención de cierto número de aficionados a la horticultura.

La mención tardía de la **flor de mayo** en los libros de botánica o en las descripciones de viajes se comprende sin embargo, si recordamos cuán

poco, hasta el año de 1830, se había explorado aún la flora del centro de Venezuela, región en la que exclusivamente se encuentra nuestra planta.

Nada de extraño tiene que no hallemos noticia de ella en los historiadores de la Conquista, que no conocían el interior del país, y no se interesaban en las plantas silvestres, si exceptuamos a Oviedo, Bartolomé de las Casas y sobre todo a Francisco Hernández, quienes no llegaron a la región en la que crece la **flor de mayo**. Faltábalas además a los españoles de aquellos tiempos, en general, el entendimiento de las bellezas sin número que presenta la naturaleza en los sitios que ellos recorrían, las cuales no llamaban la atención de quienes las contemplaban; de modo que, según dice Ticknor, al pintar montes, ríos o bosques, las descripciones de los autores se acomodan lo mismo a los Pirineos o al Guadalquivir que a Méjico, los Andes o el Amazonas. “Los conquistadores del Nuevo Mundo, observa asimismo Pastor Díaz, no habían encontrado ninguna riqueza poética en las alturas de los Andes, en las palmeras de las Antillas, ni en los inmensos bosques de aquellos ríos más grandes todavía”.

El primer botánico que llegó a Venezuela (el sueco P. Löffling, discípulo de Lineo), visitó en

1754 a 1756 sólo algunas partes de la Nueva Andalucía, donde la **flor de mayo** es rara, aunque hay otra especie del mismo género (**Cattleya Gaskelliana**).

Humboldt no tuvo ocasión de estudiar la flora de nuestros alrededores sino en los meses de diciembre y enero, y por tal razón no vio la planta en flor.

Menos fácilmente se explica por qué el doctor Vargas (que debía haber visto muchas veces la **flor de mayo**), no remitiera ninguna muestra de ella en las varias colecciones de plantas desecadas enviadas por él a sus corresponsales europeos Felipe Mercier y Agustín Pyr. De Candolle: acaso fue en parte por la dificultad de preparar la planta convenientemente para el herbario.

Sea como fuere, lo cierto es que la **flor de mayo** hizo su entrada en los círculos botánicos y hortícolas por el año y del modo susodichos, con el nombre de **Cattleya Mossiae**, apareciendo su primera descripción y figura en el tomo 65 del **Botanical Magazine**, lámina 3.669.

El género **Cattleya**, dedicado en 1824 por el Dr. Lindley a uno de los primeros cultivadores de orquídeas, William Cattley, de Barnet en Hertfordshire (Inglaterra), comprendía entonces ya

varias especies, siendo la más antigua la **Cattleya labiata**, originaria del Brasil, y clasificada al principio como un **Epiderdrum**, género con el cual todas las **Cattleyas** tienen indudablemente tanta semejanza, que Reinchenbach, uno de los más notables concedores de la familia de las orquídeas, propuso una vez reunir de nuevo ambos géneros bajo la denominación colectiva del más antiguo.

Es de suponer que agradecida aceptase Mrs. Moss, esposa del caballero arriba mencionado, la galante alusión a su apellido, que encierra el nombre específico propuesto por William Hooker (**Cattleya Mossiae**), y que ha perpetuado su memoria en los anales de la botánica.

Lindley por cierto demostró en 1840 que la **flor de mayo** no era una especie distinta, sino una mera variedad de la **Cattleya labiata**; pero esta manera de ver, por más fundada que está, encontró pocos partidarios, y el nombre **Cattleya Mossiae** se ha conservado sobre todo entre los floricultores, cuyos intereses industriales se superponen no raras veces a las reglas de la ciencia. Por otra parte, debemos observar que es tan extraordinaria la variabilidad individual en el género **Cattleya**, que aún no ha llegado el tiempo de distinguir con precisión científica entre las especies típicas que tienen señas morfológicas de

un carácter constante, y las variedades secundarias que sólo presentan unas que otras diferencias en el tamaño y color de las flores. Pero de este punto diremos algo más al tratar de la fecundación de la **flor de mayo**.

Al pasar ahora a la descripción morfológica de nuestra **Cattleya**, debemos ante todo, corregir el error de llamarla parásita, puesto que no se mantiene chupando la savia elaborada de los árboles sobre los cuales vegeta. Ninguna orquídea es parásita. Algunas especies son terrestres y más o menos soprófitas, es decir, absorben por sus raíces los líquidos que resultan de la descomposición de las sustancias orgánicas contenidas en el mantillo del suelo; pero la mayoría son epifitas, y como tales les sirven sólo de asiento los vegetales sobre los cuales se encuentra. La **flor de mayo** no es exclusivamente epifita, porque a veces crece sobre rocas y peñones; y en los jardines podemos con toda facilidad cultivarla en toletes de madera seca, en cestas rústicas tejidas de bejucos, o en potes de tierra cocida, con tal que estos últimos se llenen hasta la mitad de tiestos o de fragmentos de ladrillos, para asegurar un drenaje perfecto; en los toletes se amarra la planta con alambres, y en las cestas y potes se acuña con sustancias elásticas e higroscópicas, como musgo y fibras de coco: en todo caso el dre-

naje es la **conditio sine qua non** del éxito, porque el agua estancada destruye las raíces y mata la planta.

Las raíces de la **flor de mayo** se diferencian de las raíces ordinarias de otras plantas muy esencialmente por su estructura y sus funciones. En primer lugar, es digno de notar que nacen de los mismos internodios del tallo, que raras veces se ramifican, y adhieren fuertemente al asiento de la planta, sosteniéndola así con toda seguridad. Son por consiguiente raíces aéreas y al mismo tiempo adhesivas. Su color es blanco, con excepción de la punta, en la que aparece algo de verde. Depende este color de su estructura interior. Hagamos un corte transversal por una raíz, y examinémoslo con un pequeño microscopio (un aumento de 20 a 25 veces basta), y veremos primero una zona periférica relativamente ancha y formada de un tejido celular algo esponjoso. Las células están vacías, es decir, no contienen sino aire (lo cual, por razones ópticas, es la causa del color blanco de dicha zona), y cada una encierra un hilito parietal que forma una angosta espira, que funciona como resorte y evita el colapso de la célula. La capa exterior no se diferencia de las interiores, de modo que toda la zona, llamada velamen por los botánicos, resulta ser simplemente una epidermis constituida de varios es-

tratos de células. Hacia adentro sigue la verdadera corteza, compuesta de una delgada endodermis exterior, una parte más gruesa en el medio y una endodermis interior, igualmente muy delgada. La parte media consta de varios estratos de células con clorofila, cuyo color verde se hace visible a través del velamen cuando éste se halla saturado de agua. El centro de la raíz lo constituye un cilindro, en cuyo tejido se distinguen las fibras del liber y del leño, al rededor de una médula compuesta de células bastante grandes.

Raíces de una estructura semejante hay también en muchas aroideas, v. g. en el **Anthurium crassinervium** Scohtt, que es muy común en nuestras selvas, y se cultiva con frecuencia a causa de sus hermosas hojas grandísimas bajo el nombre de **Lengua de Vaca**. El velamen de estas raíces funciona como órgano de absorción de la humedad (lluvia, rocío, vapor de agua), en virtud de la imbibición de las paredes de sus células. He aquí el único modo que tien la **flor de mayo** de proveerse del agua necesaria para su vegetación; y como existe siempre alguna humedad en el aire de nuestras selvas, sobre todo durante las horas de la noche, se comprende como la planta puede conservar la vida aún en los meses de la estación seca. Además debemos observar que la trans-

piración es casi nula, por la falta de estomas, que sólo se notan en el envés de las hojas, pero que tienen una estructura especial y poco favorable a la evasión del vapor de agua.

El tallo de la **flor de mayo**, en su mayor parte, es de vegetación rastrera, puesto que crece pegado a los cuerpos que sirven de asiento a la planta, y sólo los últimos internodios de cada época de la vegetación se elevan libremente al aire. Raras veces llega a tener un centímetro de grueso, y su estructura interior no presenta diferencias mayores de las que se conocen en todas las plantas monocotiledóneas. Como en muchas otras orquídeas es un simpodio, es decir, consta de una serie de segmentos que nacen lateralmente unas de otras. Para tener una idea clara de este modo de vegetar, es preciso observar una planta después de haber caído la flor. Pasan entonces muchas semanas, y aún algunos meses, sin que se noten en ella señales de vida; por eso se dice que está en estado de reposo, y durante este tiempo conviene no regarla, para no acelerar el principio de la nueva vegetación, lo que la debilitaría mucho. Poco a poco se ve que en la parte inferior del segmento que tuvo la última flor, aparece un tubérculo, el cual es el comienzo del nuevo segmento (y entonces es preciso regar la planta de vez en cuando). Creciendo con bas-

tante rapidez, este retoño se alarga pronto y pueden distinguirse en él varios internodios cortos y cubiertos de unos estuches membranosos que son hojas, aunque muy diferentes en su forma y estructura de las hojas ordinarias: las llamaremos por eso hojas internodables, para distinguirlas de las hojas terminales.

En ejemplares muy robustos se forman con frecuencia retoños accesorios, que producen un número mayor o menor de ramificaciones del tallo, y así es que se encuentran plantas de **flor de mayo** muy grandes con centenares de hojas; pero éstos son casos raros. Normalmente se necesita un año para la formación completa de un segmento del tallo, siendo por eso la vegetación de la planta muy lenta; los ejemplares grandes de los que acabamos de hablar, son por tal razón muy viejos, y hay sin duda, algunos que en este sentido son verdaderos patriarcas y andan tal vez con el siglo (*).

(*) En abril de 1889 compramos una planta de flor de mayo, que tenía 228 hojas y 106 flores. Forma ahora parte de la colección de un distinguido orquidófilo inglés, y tenemos informes de que, después de dos años de escasa producción, ostentará de nuevo en el presente un grandísimo número de flores. El señor A. Sachse, colector de orquídeas, nos refiere que en el Tocuayo ha visto una planta aún mucho más grande.

Los pseudo-bulbos encierran una cantidad considerable de un jugo algo espeso y mucilaginoso, que es la sustancia nutritiva para la formación de las hojas terminales y de las flores. **Cattleya Mossiae** tiene una sola hoja terminal; en otras especies hay dos. La hoja nace de una base casi circular y está al principio longitudinalmente plegada, de manera que las dos mitades de la página superior se tocan. Poco a poco se abre, y al mismo tiempo aumenta su consistencia que finalmente llega a ser bastante grande, de modo que la textura es coriácea. El nervio medio forma una cresta muy saliente en la página inferior, a la que corresponde un surco en la superior; los demás nervios corren paralelos al principal y están completamente sumergidos en el parenquima de la lámina. El borde es enterísimo, y sólo en el ápice se nota muy a menudo un ligero escote. La epidermis de ambas páginas está fuertemente cuticularizada; la superior carece en absoluto de estomas; en la inferior los hay, pero la cutícula los cierra casi por completo, de modo que la transpiración resulta ser muy insignificante. Después de haber caído la flor, la hoja persiste aún por mucho tiempo; y cuando por fin se cae, deja una cicatriz limpia en el ápice del pseudo-bulbo.

Difícil es describir con toda exactitud las flores abiertas, no menos notables por su exquisita hermosura que por su estructura singular e interesante. La índole del presente escrito, y aún más nuestra insuficiencia, nos prohíben cantar su belleza; que lo hagan otros, con tal que no pequen demasiado, **more poetarum**, contra las verdades positivas de la historia natural!

Se ha dicho que analizar la hermosura es destruir su gracia y acabar con sus atractivos; sostenemos sin embargo que esto es incierto y que el entendimiento perfecto de un organismo es el primer paso para admirarlo.

Pero volvamos a la flor de la **flor de mayo**: Consta ella en primer lugar de un verticilo de tres hojas iguales entre sí, que se llaman los sépalos. Son de forma lanceolada y miden en algunos casos 7 a 8 centímetros de largo por dos de ancho. No sé cómo llamar su color: pero como todos mis lectores conocen la flor, basta decir que este es... color de **flor de mayo**. Son algo transparentes, de modo que se distinguen bien los nervios paralelos que las recorren desde la base hasta la punta.

Sigue a este primer verticilo otro, compuesto igualmente de tres hojas: dos iguales entre sí y llamadas pétalos, y una (la mayor y más nota-

ble) diferente en forma y color, llamado el labelo o labillo. Los dos pétalos son del color de los sépalos, pero mayores que ellos y ondulados en su borde.

La pieza más lucida de toda la corola es sin duda el tercer pétalo o el labelo. Su parte inferior forma una especie de cartucho con una hendidura lateral, el cual envuelve casi por completo un cuerpo central, llamado la columna, del cual hablaremos luego. La parte superior del labelo está abierta y muy encrespada en el borde, y sobre un fondo del color de las demás hojas florales presenta hacia adentro una mancha amarilla, y hacia adelante otra de color rojo más o menos oscuro. Hay gran variación en estos colores: a veces la mancha colorada consta sólo de puntos o líneas separadas, otras veces es muy compacto y llega casi al borde anterior, el cual a menudo queda enteramente blanco. Asimismo la mancha amarilla varía mucho en tamaño e intensidad, y se puede decir sin exageración que apenas hay dos plantas de flor de mayo, que sean perfectamente iguales en cuanto a su coloración. Los jardineros dan la preferencia a las variedades que tienen las manchas muy pronunciadas, y al propio tiempo el borde anterior muy encrespado y blanco. A todas ellas han dado nombres distintos, como si fueran especies diferentes, lo cual

ha producido una confusión sin igual en toda la nomenclatura de este género.

La variedad más notable es la flor de mayo **blanca**, en cuyos sépalos y pétalos no se desarrolla el pigmento rosado, que sólo se conserva en la mancha roja del labelo o desaparece por completo, y queda únicamente el color amarillo en el labelo. Estas variedades blancas son raras, y muy solicitadas por los orquidófilos, de modo que las plantas robustas tienen un precio muy elevado.

El tamaño de las flores varía igualmente bastante, hay algunas que sólo miden un decímetro entre las puntas de los pétalos opuestos, mientras que en otras esta misma distancia llega al doble. Tienen además los jardineros la costumbre de indicar el tamaño en centímetros de circunferencia, calculando que estos números mayores excitan más la curiosidad y el interés de los compradores.

Réstanos hablar ahora de la columna en el centro de la flor. Este cuerpo es una fusión de los órganos de ambos sexos, por cuya razón lo han llamado también el **ginóstemo**, del griego *gyne* (mujer, órgano femenino) y *stemon* (estambre, órgano masculino). La columna es más gruesa hacia arriba y tiene en general la forma de un

prisma de tres caras, una de ellas, la anterior dirigida hacia el labelo. Las aristas longitudinales del prisma terminan arriba en puntas, una dorsal y dos laterales. La cara anterior presenta cerca de la base un surco que conduce a un pequeño receptáculo, llamado el nectario, porque en él se encuentra un líquido dulce o néctar. Más arriba se observa en la misma cara una depresión semi-óvala, cubierta de una sustancia muy viscosa: este punto es el estigma. De él desciende interiormente un tejido algo flojo hacia el ovario ya mencionado, y éste contiene un grandísimo número de huevecillos muy pequeños. La parte superior de la columna tiene una cavidad, en la cual está acomodado un cuerpo más o menos redondo y de color blanco por arriba, que es la antera. La retiene asegurada en su posición la punta dorsal de la columna, que se encorva algo hacia adelante y funciona como un resorte de presión.

Veamos ahora cómo funciona este aparato tan complicado. El estigma es la parte exterior del órgano femenino; los polinarios son lo esencial del órgano masculino. Es cosa sabida que la fecundación de los huevecillos en el ovario sólo se efectúa cuando el elemento masculino, aquí los polinarios, llega al estigma. ¿Pero cómo pue-

de suceder tal cosa en la flor de mayo, encerrados como están los polinarios en la antera, y separada además del estigma por el rostellum? Claro está, que para ello se necesita la intervención de agentes extraños, cuales son en nuestro caso ciertos insectos del orden de los himenópteros, sobre todo abejas y cigarrones pequeños. Se sabe que estos animalitos visitan las flores con el doble objeto de buscar polen y chupar el néctar en el fondo de las corolas. Los colores vivos de las últimas sirven para llamarles la atención, precisamente como las banderas de muchos colores que ponen los tenderos en las puertas de sus establecimientos, sirven para atraerse parroquianos al baratillo. Llegado el insecto a la corola, es guiado por la mancha sobresaliente y las líneas convergentes del labelo a internar su cabeza con toda precisión hacia el nectario, lo que no puede hacer sin tocar el estigma con la parte dorsal de su tórax. Terminada la visita y al retirar su cuerpo, el insecto levanta el rostellum, de modo que toca los polinarios, los cuales al momento quedan pegados a su dorso. Al volar el insecto en seguida a una segunda flor, para hacer en ella otra libación, estos polinarios vienen a tocar el estigma, y quedan desde luego, adheridos a la sustancia viscosa que lo cubre. Con este transporte de los polinarios al estigma queda efectuado el

primer acto de la fecundación, al que se ha dado el nombre de impolinación (**).

Lo mismo que en muchas otras plantas, la impolinación en las especies de *Cattleya* por medio de la ayuda de los insectos, es uno de los ejemplos más notables del admirable engranaje que existe en el mecanismo de la naturaleza. Las corolas ostentan sus ricos colores y destilan en su fondo el dulce néctar, sin saber por qué ni para quién; viene el insecto y no menos inconsciente retribuye a la planta por el licor regalado con el servicio más importante del que depende la conservación de la especie.

Después de algún tiempo se deshacen los polinarios y dan origen a un gran número de pequeños tubos finísimos, llamados tubos polínicos, que crecen por el tejido flojo en el interior del ginóstemo hasta que lleguen a la cavidad del ovario, en el cual se ponen en contacto con los huevecillos. No se ha observado aún en la flor de mayo cómo se efectúa la fecundación, que consiste naturalmente en la combinación del contenido protoplasmático de los tubos y de los hueve-

(**) El ilustre Carlos Darwin fue el primero que estudiara la impolinación en el género *Cattleya* con la acucia y exactitud que caracterizan todas las observaciones de este gran naturalista.

cillos. Lo único que hemos podido ver varias veces es que los tubos se enroscan de una manera irregular alrededor del huevecillo. Sea como fuere, algunos huevecillos quedarán fecundados, y muchos por supuesto no. En aquellos se opera un cambio visible con extraordinaria lentitud: Veitch notó que sólo cinco meses después de la impolinación se ve alguna transformación, aunque ya antes se observa que el mismo ovario aumenta algo de volumen.

Como los insectos visitan de seguida las flores de diferentes variedades, hay muchos cruzamientos entre unas y otras: circunstancia que sin duda contribuye en primera línea a la gran variabilidad de esta especie. Muy lenta es la maduración del fruto de la flor de mayo. En su estado perfecto es una cápsula elíptica de 8 a 10 centímetros de largo, por 2 a 3 de grueso, que en su extremo lleva los restos desecados de las partes de la flor. Cuando enteramente maduro, se abre por lo general en tres valvas, pero cada una de ellas consta propiamente de dos, una mayor y otro menor. La separación se efectúa sólo en la parte más abultada de la cápsula, conservándose unidas las valvas en ambos extremos. Ni es la apertura muy completa, porque de uno y otro lado de la hendidura vienen cruzándose fibras trasversales, que hacen de ella una especie

de cedazo: disposición que tiene el efecto, probablemente útil a las plantas, de que las semillas no caen todas a la vez, sino poco a poco, facilitándose así su dispersión por el viento. Las semillas son muy diminutas y livianas, como aserrín, muy fino, y contienen un embrión muy rudimentario. Llegadas a condiciones favorables, germinan aunque con mucha lentitud; y el crecimiento de la nueva planta sigue tan despacio que, a la edad de cinco años, es aún tan pequeña que se puede trazar su figura, al tamaño natural, en un papel no más grande que un fuerte de plata.

La producción de frutos maduros cansa mucho la flor de mayo, y puede matar la planta por completo. Por eso los jardineros tienen buen cuidado de cortar los frutos incipientes, y lo mismo las flores cuando empiezan a marchitarse. Las flores viven aproximadamente un mes, si durante este tiempo no se riega la planta. Es en general un error bastante grave dar a la flor de mayo mucha agua: véase v. g. los ejemplares en la Plaza Bolívar, que a pesar del absoluto descuido de parte de los así llamados jardineros, producen todos los años un gran número de flores.

La **flor de mayo** es una especialidad de nuestra flora, y planta predilecta, por ser de fácil

cultivo de cuantos tienen un invernadero en otros países. Desde la fecha de su introducción en la floricultura, muchos millares han sido enviados año por año de este país a Europa y a los Estados Unidos, y ya empieza a escasear, a lo menos en los alrededores de Caracas.

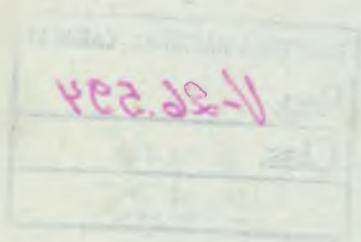
Abril, 26 de 1892

¿QUIEN MANDO LAS PRIMERAS FLORES DE MAYO DE CARACAS A INGLATERRA?

En nuestro artículo sobre la Flor de Mayo dijimos, a modo de conjetura, por no tener informes precisos, que Mr. Moss recibiera probablemente sus plantas de Mr. Ward en Caracas. Hoy tenemos el placer de aclarar este punto; pues la señorita Isabel S. Alderson ha tenido la amabilidad de informarnos que fue ella quien las remitió a dicho caballero, cuya esposa, que dibujaba y pintaba primorosamente, hizo un retrato en colores del primer ejemplar que floreció en los entonces célebres invernaderos de Otterspool. Este dato es tanto más interesante, cuanto que así queda colocado, en la historia de esta joya de nuestras selvas, al lado del nombre de la señora a la que fue dedicada por la ciencia, el de otra dama distinguidísima de nuestra sociedad caraqueña.

INDICE

- 9 / Para el cancionero popular de Venezuela.
- 25 / Una cabeza de indio momificada.
- 33 / Flores y Jardines de Caracas.
- 49 / Observaciones sobre la historia del banano en América.
- 59 / La Flor de Mayo.
- 79 / ¿Quién mandó las primeras Flores de Mayo de Caracas a Inglaterra?



BIBLIOTECA NACIONAL
HEMEROTECA
SALA DE INGRESOS
CARACAS - VENEZUELA